



La máquina de coser no ha dejado de funcionar cada noche en la casa de Gloria Cruz y Antonio Gómez desde hace semanas. Lo hace al son de las charangas, que empezaron a inundar de notas las calles desde que supieron que habría jolgorio. Y lo hace movida por unas manos que huelen a fruta de sartén, a esas rosquillas que cocinó su hija hace quince días en el campo de sus suegros. No ha existido año en el que el pedal de la máquina de coser haya dejado de funcionar, ni tampoco año en el que no hayan abierto los baúles de pelucas, disfraces y antifaces. Pero este año es diferente, hay nervios, algo de miedo y mucha ilusión. Los habitantes de esta casa de la calle Toledillo van a ser los protagonistas de la fiesta, las máscaras mayores del carnaval de Miguelurra.

Un frasco de colonia, el peine y los polvos de talco

Cuenta Gloria que, de pequeña, cuando salía del colegio, veía llegar rápidamente a casa a su madre de máscara y que “a veces ponía la comida con el disfraz”. En aquellos años, el carnaval infantil no existía y con ojos de niña pensaba “uy mi madre, cómo viene”. Cuando empezó a crecer entendió ‘el gusanillo’ del carnaval. Fue en su adolescencia cuando comenzó a quedar con sus amigas para atracar “el baúl de los recuerdos”. Unas veces cogían un vestido de madrina,

otras uno de comunión, y “cojines en el culo y calcetines en el pecho, para ponernos más voluminosas”. De caretas nada, solo era necesario “un trapo y un agujero en cada ojo”.

“¿Yo, trajes? Ninguno. En casa nos juntábamos cuatro amigos y cogíamos ropa de la más vieja, de la abuela, de la madre, que si una faja, una

Gloria cuenta que de niña, cuando salía del colegio, veía llegar rápidamente a casa a su madre y que “a veces ponía la comida con el disfraz”. Antonio recuerda ponerse la ropa más vieja y coger un frasco de colonia, un peine, los polvos de talco “y a gastar bromas”

toca o un vestido”. Antonio confiesa que en Miguelurra “la máscara callejera siempre ha sido disfrazada, con la cara tapada y a gastar bromas a todo el mundo”. Su kit carnalero también incluía un frasco de colonia, el peine y los polvos talco, “y a echar perfume a la gente, a disfrutar y a reír”. Era un carnaval “muy distinto al de ahora”, aunque no por ello ha dejado de ser maravilloso. Ahora “muchísima gente va sin máscara, con buenos trajes, muy bonitos, y nos gusta verlos también así”, añade.

Treinta años con La Cabra

Hace 30 años ya desde que se apuntaron a la peña La Cabra, que este año sopla las cuarenta velas. Delante del disfraz de aztecas que llevaron en 2019 y el de mexicanos de 2017, que volverán a lucir este carnaval en homenaje, Gloria y Antonio cuentan que La Cabra es “una gran familia”, un lugar donde se juntan hijos, nietos, amigos, gente de Miguelurra y “otros de fuera que les ha gustado y se han apuntado”. Vivir el carnaval de Miguelurra en una peña significa, en palabras de Antonio, “salir por la mañana para el almuerzo, comer en familia, empezar a disfrazarse y jugar, venga jugar, hasta por la noche, que venimos a acostarnos a las 2, a las 3, a las 4 o las 5 de la madrugada”. Es un no parar, del viernes hasta el miércoles.

Cuando tenía las niñas pequeñas, Gloria recuerda que Antonio la venía a recoger “a las 12 de la noche, como a la Cenicienta, para ir al baile”. Cuando crecieron “las niñas, María José, Belén y Gloria iban por delante”, la pequeña en el cochecito y las otras dos cogidas a cada lado. Nunca ha tenido ningún día preferido del carnaval, porque son todos, aunque el lunes, que es el día monográfico de la peña, es muy especial, y también el miércoles por el entierro de la sardina, que organiza cada año La Cabra, y que las sardinas asadas no falten.

Coser, coser y coser

Ilusionados, contentos y con los nervios de pun-